

— JENNIFER GARCIA Y HERNANDEZ —

NEGRAS ROPAS



DE MUJER

— JENNIFER GARCIA Y HERNANDEZ —

LEONOR GARCÍA HERNANDO

NEGRAS ROPAS

DE MUJER

©1987 Leonor García Hernando – NEGRAS ROPAS DE MUJER

© Buenos Aires, Argentina.

Tapa: Irene Haimovici



Más herida por lo próximo que por el pasado; asisto al homenaje que hacen de mí las pasiones.

Los muertos de la historia golpean con sus huesos desnudos crecen sus cabellos en blancas constelaciones la lucidez de sus muertes me aprisiona.

El amor de mis muertos sufre es un animal en lo hondo de las hojas pero por ellos no tengo lágrimas terribles.

Desde el Alcázar Rojo corazón de mí piedra en un arco arrojó vendas a los bosques;

El paisaje es una mueca de mi rezo. Perdono mis pecados en honor a mis muertos ♦

. . .*“Y desde chicos supimos que Wan Guld (1) iba a volver, que la explosión lo tiraría a las aguas del Matanzas y que todos estaríamos por ser asesinados”.*

–Julia– carta a Méidale, junio de 1978

1. Ver “El Corsario Negro” de Emilio Salgari

“sospechar el rostro del enemigo y
de ese páramo sin regresar más”

Qué verso daré junto al agua enferma?

tu nombre *Wan Guld*

lingote de plata cayendo de la oreja el lóbulo doblado contra el rostro
(aquel chador oculta la mandíbula quebrada, sus dientes desmoronándose
en el hueso) estás ahí?

Cúmulos

sábanas y muebles en hambriento rozarse un temblor que nos alivie de tu
nombre

Wan Guld retorciendo la soga flamenca de la muerte buscando encaje
negro en el cuello de las copas (peligroso y carnal sobre los vidrios)
estás, *Wan Guld* ahí dando tu garfio al ojo de la
puerta

nosotros en cubierta

echando al mar el cuerpo del hermano el mar sangriento empapa la seda
roja de la capa Recordamos: la huída de la plaza entre balazos y en las
puertas hambrientas perfiles como de tango.

Cazador,

nosotros en arenas y el mar sobre los cuerpos.

Torturas las clavijas de un instrumento miserable
y tu canción está en mi cuarto

tu saliva que empuja los goznes de los muebles esta casa que te concierne
este perro golpeado bajo la lluvia suelta sus tejas como pedazos de odio.

Las aguas del Gran Golfo hermano y asesino
el grave mar. Rehago ese escenario fortuito donde *Wan Guld* se

mueve *Wan Guld* es el guante que acerca los objetos y les otorga un sentido criminal.

Nosotros en Ostende
tirando dados a la mesa (Graumont perdió la mano con su anillo) y en medio de las balas alguien sopló la vela.

Un diente de caimán atraviesa toda sombra
sufro
soy una clavija de sal para tu mano
un vestido cubierto por hojas de montaña
un cuerpo una pócima de miedo
de veneno lento

En las tablas del techo circulan los tacos de ese viejo maldito
pasos quietos en la madera
frascos letales vidrios de la muerte
sufro
con los muebles pegados a la carne.

Todo mi cuarto es la canción de *Wan Guld*.
Florece placas verdes de caimán en el agua ♦

Traición

traición en esta alcoba, en esta patria.

Sólo un verso hay en mí
un ciervo que huye, herido por los muertos.

Un poema es un instante de lucidez, de fascinación
ante la historia.

Hay pisadas en el monte.

No he muerto yo y entre pisadas, estoy aquí escribiendo por azar ♦

Escribiré mi poema en la “Isla de los Pájaros” mis altas piernas
mojadas por el Atlántico. Haré de los corpiños páginas de mi libro.

Al mar que he besado adolescente Eramos estudiantes durmiendo en
la arena patagónica: agua de luminosos peces tocaba la orilla de nuestra
camisa, lobos del mar morían por conmovernos.

Con 16 años altivas ropas y lobos muertos dejados en la playa
caminábamos en un mar que nos tornaba bellas.

Allí encontramos el caracol, la primera palabra. Fue el obsequio que
llevamos a Leila, pero ella desde entonces repite obsesiva el brillo de las
almendras amargas.

Allí encontramos el arpón de Queequeg. Entonces decidimos amamantar
a los peces; hacer de ellos lámparas de nuestro pupitre cuchillo blanco
primos para bailar en las boites.

No era muerta entonces nuestras medias de tul eran algas en el océano
nuestra voluntad la isla hipnótica pájaros en la copa de vino verde.

El secreto nos confundía cabellera flotante en el agua de lamentos
profundos Leila repite palabras almendras que mueren en su boca
nuestro cabello fue cortado en el loquero blanco
pero entonces era encontrar el labio de los peces la menstruación de las
aves provocando el atardecer
peligrosas las avenidas del pasto que zozobra.

No éramos muertas. Teníamos un afán de isla marítima.
Teníamos pómulos salientes, pómulos donde el oleaje estallaba con
inclemente belleza teníamos cuellos soberbios, cuellos para ser ahorcadas
por un príncipe
pudor vergüenza ante las hojas.

Eramos estudiantes durmiendo en la Patagonia durmiendo en el balido
de la oveja en los balleneros fatales.

Oración no has hecho de mí un poeta sino un lobo muerto intentando
conmover.

Próximas a la noche que cunde próximas al exilio que dictan los
maestros de geografía próximas a lo percedero: nadie era muerto el
paisaje devoraba los ruedos de las faldas

nadie era muerto blusas en nuestros hombros
éramos el himno de un mar que retornaba

 Escribiré mi poema en la “Isla de los Pajaros”. Oración verso antiguo y
bello: no he muerto yo. Llevo altas piernas al Atlántico. Amadísimo su
himno es nuestra carne ◆

Nada hay en mí que no sea verbo y huyo, herida por los
muertos que vi morir. Lobos en la playa fantástica

los que vi morir

lobos en el contorno de la tierra

los que vi morir

Animal que reza en alta piedra tu sermón fue prohibido, prohibida tu
cabeza que removió nuestra enagua ♦

“Existen casas y existencias que dejarían estupefactas a las personas razonables”
–Jean Cocteau– “Los niños terribles”

Recuerdo la ancha franja de la fiebre los eucaliptus entristecidos. El árbol y la fiebre no sospecharon mi afán de ser enferma plateada y sutil como la hoja perfumada.

Recuerdo el aire extravagante la certidumbre.

Recurro a la memoria de mi padre –hombre que fumó en boquilla y desaparecía en las revoluciones. Hombre que vivió en Brujas y juntó sus cejas para siempre en el descarrilamiento del Metró Porte de Cliynancurt– Porte d’Orleans. De casa partía armado de una Browning. Sólo lo afligió la muerte de su hijo y la de algún presidente chileno.

Lo que hubo de mí.

Creo estar diciendo: presiento una carabina pegada a mi cerebro. Fui niña yo también, revuelta en un cardumen de hojas que me acosan.

Durante años compré fósforos que encendían los cigarros de mi padre pies adheridos a una tierra fangosa no era más hermosa que las flores salvajes, pero había prometido casarme en las Bahamas, sobre el Caldero del Infierno que cubre una playa extensa.

Habíamos construido un atalaya para mirar los fantasmas que cruzan el pantano nocturno

y éramos 3 hermanos de sonrisa perfecta y un padre en común que secaba tabaco y pólvora en un jardín violento, camuflado de nogales.

Vuelco mi cabeza hacia el cielo de estrellas firmes. No duermo hace 3 días perseguida por el caimán de ojos lechosos. No he dejado de huir llevando la Browning de mi padre apretada en la blusa. Me oculto en los pastos secretos.

Sólo el atalaya sabe de mi miedo. Ya era cobarde entonces. Sollozaba sin prisa sacudida por el remordimiento.

Puedo aún zozobrar en el oleaje que abatió nuestra casa pero atrás.

estoy comprada en un remate de muebles en desuso

estoy gatillando contra el caimán ojeroso

estoy enterrando un cuchillo bajo la hiedra.

atrás atrás

guardaba cabezas de mariposas muertas por el tifus

dormía con mi hermano y en el fondo de las sábanas,

nadábamos en el agua sin memoria (los lechos ahora me vuelven fraternal)

atrás

calles que eran un desprendimiento de la tierra cuajada por el sol

estoy castigando un cielo que se cae

que es nuestra madre asoleando ropa muerta

atrás

el ombú quebrado por tormentas que se suceden

los viajes por trenes que cruzan las salinas cardos

que miran un aire descabellado

atrás atrás

pasto oculto mi terror es perfecto vigilo al caimán que emigra en el pantano.

He sido sacudida empujada brutalmente por la expansión de los ramajes ♦

Mi nacimiento es sólo una probabilidad de la historia.

Hay testigos que aseguran que esto no ocurrió que sólo fui comprada en un desmantelado almacén de muebles dispersos en mortandad. Allí miraba el vitró por el que asomó el rostro de mi padre

(fue un buen hombre nunca supo hacer negocios me compró engañado por un tahir)

Mi padre cuenta la anécdota junto a la chimenea sin fuego. Su figura es borrosa, ahorcada por las cenizas que fluyen en el cuarto.

Mi padre viajó siempre. En cada ciudad que habitó aquella chimenea se hechaba a sus pies como un perro. He llegado a creer que en la chimenea eternamente apagada, el leño era mi padre

y yo

cenizas ♦

Es la mañana.

No he muerto en la noche como presagiaban las estrellas dispuestas en puñal sobre mi nuca.

Hay en mí un estado de ciervo de lobo que respira.

No hay muerte. Sólo un cabello líquido que cae cortado en la peluquería de los barrios.

No hay muerte. Sólo el agotarse del que se disparó un tren en pleno corazón.

Nada que concluya. Un pan seco exiguo mas lamentable que la muerte
o esta ciudad

el verso mío

un paisaje derrotado por la altura de los muebles ♦

escritos de viaje

“El sueño es la virtud de los pobres. Los que pretenden la fascinación de los viajes expían por ese ojo único las culpas de su tierra”.

–Julia– carta a Méidale, agosto de 1979

La memoria ha reunido una ilusión un suero que nos calma un viaje.

De los divorciados que callan junto a los telones y el collar de piedra de las ancianas (las que enmiendan sus

ropajes de seda cruda las que preparan una comida pequeña hecha de semillas y agua blanca las que infinitamente acomodan sus anteojos sobre el tabique estropeado de la nariz, y los anteojos mismos, uno no sabe si es que sudan o lloran)

ellas las ancianas de decidida vejez los divorciados son una brizna aguda y sola que me da pasado y porvenir.

Pero los viajes las bufandas de los viajes el pez magnético que señala la Osa Mayor las linternas y la moneda antigua una navaja insinuante un poco de frío y de café quemado

así he viajado, pero esto no es un viaje ni siquiera un buen decorado de utilería para los paseos.

Con Méidale hablamos de viajar

de no morir sin balancearnos ante los médanos fríos y el mar los nombres el olor las piedras irrepetibles

(creo que somos más sabias que el común porque reconocemos la belleza sin haberla mirado).

Estamos tristes. Ella llora recordando el entierro de su madre. Nuestra boca es el ojal que atraviesa la desgracia y ya no hay belleza más alta que estar por un momento ociosas y sinceras.

Hablamos del entierro: un cortejo de lámparas un hilo oscuro en el dedo de los casamientos un poco de vergüenza

Alguna vez dormimos en un castillo repleto de estudiantes, comiendo almejas 11 días, luego nos fuimos.

A mi alrededor se apilan valijas selladas por las aduanas internacionales. En ellas guardo ropas, muertos, libros, las facciones húmedas de los desaparecidos. Hay otra valija: guardo un camión frigorífico con 40 muchachos sin cabeza, colgados de los ganchos

yo tenía 18 años cuando armaba mi equipaje

un gran terror

y preguntas.

Lo he enterrado todo el jardín violento que aún sacude su olor a nogales
y pólvora
pero he viajado vistiendo luto
maquillada por la tragedia y un desorden continuo de rostros que se caen

Bajo las montañas, el caserío exhala colores diluidos; siempre los
mismos rosas y azules distorsionados por la humedad;
en el suburbio, las pensiones repiten esos tonos de película enferma.

Ciudades, rosa herrumbrada, Brujas de piedra con sus casas talladas y el
suburbio porteño, oblicuo sobre el mal empedrado
y todas las ciudades con muertos irrepitibles y todos los perros en las
ciudades con aullidos que cortan el cristal.

Estamos disfrazados. Méidale, yo, el “rubio del violín”, estamos
disfrazados. Tallos muertos, tules, exterminio.

Oh, país verso que nos enmudece
no he muerto yo
viajar no presenciar más entierro que el polvo sobre la madre o el
hermano.

Las cabezas segadas de mi generación: bártulos rotos que acomodo en el
tren los micros secretos que tajejan la ruta.

Una línea reconstruye sus rostros: el párpado blanco, su ingenuidad,
labios donde el romance es saliva que no se traga más, las equivocaciones,
angustias, esquinas donde el valor no es la justicia estos pocos
resplandores que se mutilan en el final ♦

No escribiré mi poema. En ninguna parte escribiré mi poema. Esto es un paisaje un cúmulo de piedras y hojas cuerpos que se deshacen bajo los grumos nada de piedad.

En el Alcázar Rojo corazón de mí sombra en los vidrios arrojado cenizas a los bosques.

Un verso una palabra que renueve sus vértebras comidas por el polvo un candelabro que ilumine el lento curvarse de la tierra tras los ojos una sílaba viva un verbo algo que no lastime que no sea un ahogado hinchado en el barro de la orilla ◆

Hay un olor a hombres y mujeres que duermen dentro de las casas.

Está la taza como un pétalo de magnolia, donde he bebido té
sobre la que he llorado un poco.

Hay restos de pescado en todos los muelles y bajo todas las lámparas
alguien que escribe una palabra terrible

pero atrás

lienzo paralizado por la brea indicios de la muerte de su numeración
infinita ojo de párpado gris ya entonces medía el crecimiento de los
cuerpos

yo era adolescente

tizón de labio grueso

incendiábamos estopa y pellejo de árboles. El fuego chillaba como un
pájaro atacado de hambre de enfermedad de niños maliciosos, un gran
fuego ardiendo en la marmita tiznada por el polen de adolescencias
remotas.

Convocados por su deslumbramiento, recogiendo las telas que nos daban
tamaño, allí dormíamos, enrojecidos vueltos a la memoria de otro bosque.

Todo es un resumen de arboledas contiguas cabellera y follaje en
efusión perpetua y un hermano que muere arponeado por ómnibus

atrás

un atalaya que contemplara pantano y fantasmas en sus transformaciones

atrás

un lecho donde ocultar piedras y orquídeas cartas de los abuelos prófugos
balas de nuestro padre un poco de espanto y belleza.

Era la infancia una audacia en la carne, respirando bajo las altas torres
del yuyal ese despiadado alzamiento de troncos de costras de
cuchillos blasfemos.

Eramos cobardes perfectos huidizos cómplices.

Los alambrados cultivaban fruta. Nosotros éramos ladrones silenciosos
festivos aterrados por el ladrar de los perros multiplicados en máscaras
en dientes persecutorios correas partidas eslabones de lo fatal.

Furtivos espacios de la memoria dispersiones coágulos

¿estoy enloqueciendo? ¿me alimento de una fruta acabada?

¿"Hay humo en tus ojos" gira para siempre en los labios de las madres agotadas por la ropa ceras en los mosaicos tientos de bronce en la cama nupcial?

¿No hay más ceremonias que claustros con sus cirios con sus estampas lívidas y rostros que caen sortijas el óvalo perfecto de las aguas con sus tierras

y el exterminio?

No estoy muerta. Eso es cierto. Sospecho las próximas memorias lo que habrá después de las mutilaciones esos signos labiales que tallamos en el polvo, en la hoja exaltada.

Un atalaya y las caras abiertas a un viento que las posee atrás la esfera de un bosque con su cristal flexible y nosotros

la mayor, el hermano, la menor huidizos en los cardos que ocultan.

5 años después, el hermano moría ♦

Uno quisiera enfermarse y entre los soplidos de la fiebre entrever el rostro de la visita nocturna.

Los postigos quemados de la casa se curvan y es la noche,

Hay flores y gajos de velas en la mesa.

Del collar que hubo caen las cuentas sobre mis labios el mapa con su gran Mar del Norte y los piratas de Irlanda que ocultan en mi boca en arena remota sus tejidos de oro y lana.

Del collar que hubo llevo en el escote un hilo inacabable. El mar agita una bandera de tregua. Saltan espuma y sedas negras.

Espero que caiga la perla de tu beso, sola en el trapecio de donde huyó la mueca cómica. Pero a mí llega el paso de los prófugos el pasillo donde corre y tiembla el cabello de los muertos.

De ventana a ventana se deslizan las largas vestiduras de los padres.

Llevo los párpados verdosos y estirados. La casa está grávida y yo, en la cama, soy el niño que duerme,

Los dientes de la enfermedad comen mis libros en el Estrecho aletas de pez cavan el agua.

Los piratas moros llegan a mi boca y es la luna del Islam que alumbra un cofre cargado de cuchillos. El Gran Canal de labios españoles; blanco de turbantes, clavado por remos y ballestas; gira su bandera de tregua. Salta la espuma y un pez se suicida en el aire.

Del collar que hubo mis pechos amamantan sus perlas desprendidas.

No hay reposo. La enfermedad alucina el contorno de las cosas. Los 3 ángeles que cubrieron la Escalera del Infierno cantan en mi puerta, igual que los niños europeos en las navidades. Los vecinos arrojan monedas de pan.

Mi boca resume, los viejos poemas. En la fiebre no hay palabras ciertas. El poema no se ha escrito. Soy la cabeza goteante recostada en las plumas de pájaros que ya no pueden migrar. Soy la hija de las viudas, espero las ceremonias y la tierra.

El cortinado bate su ala retórica. La calle con su piedra eclesiástica es ajena y estrecha.

Angeles malignos cantan para mí y la casa se acurruca, llora y cubre su

puerta con un manto.

Despedidos por el siglo como un Zepelín, los piratas cruzan el labio de los puentes.

Tras los postigos del incendio, soy sin hermanas y sin padres. Estoy ante las aguas de un cielo que no fluye.

En la enfermedad llegan las goletas que cargan y descargan arroz.

Llegan los bufones que perdieron la ruta de los palacios.

Llegan las princesas de velo, rasgado por el asma.

Llegan los que traicionaron en las guerras civiles y los que rajados por la traición se han vuelto feroces: ya saben sesgar las flores de sus tallos inútiles.

Llegan los alfareros de urnas los que decoran el cuchillo que asesina a los muertos los que ofrendan jarras de plata, dátiles, leños de sicomoro.

Llega el dios para dormir bajo el árbol del desierto.

No hay nadie para mí.

Soy el niño de las piernas deshechas ♦

escritos a la madre

“Para acordarse de todo esto así, no hay más que la madre y yo”.

–Vicent Van Gogh– carta a Theo

23 de enero de 1889.

Abandono infancia y adolescencias adversas.

Alzo mi chal.

Está húmedo por el lloro de aquellos que me creyeron acabada. Está deshecho en su ángulo por la gillette de los traficantes. Es un menguado chal ha sobrevivido a la acción memoria de sus trozos dispersos.

Miro en la ventana. La calle con su viento alza automóviles amarillos. Algunos crujen un instante y caen otros se deslizan planean con lentitud muestran un borde rutilante y verde, luego su lado golpeado, un lado que se parece a las curvas de un bailarín que ha perdido su pierna aplastada por los telones:

ese tono ocre de las amputaciones esa morbidez de lo usado y despreciado en las historias futuras.

Los automóviles brillan por los escozores del aire.

Hay una luminosidad letal extraviada en los pórticos en las usinas que se incendian y desaparecen en los arcos nupciales los puentes sobre las aguas que enferman y el porvenir.

Los automóviles ruedan por veredas inacabables que parecen rutas lisas y blancas con casas que sobreviven en las alturas y están las láminas de metal que se desprende crujientes entre el vapor los humanos tóxicos que dan al aire la boca de los cadáveres y la memoria nuestra:

esa ebriedad

ese hábito para cubrir las carnes que no conocen la satisfacción ni el placer

esa sentencia.

Estamos mirando en los vidrios

aquí pasa el convoy de ladrones que cruzan la frontera aquí el saxofón hace estallar los vasos. Un olor a bodegas se expande. Las mariposas que giran en la luz se precipitan.

Me siento como *Jim* ⁽¹⁾ en el tonel de manzanas sorprendiendo las confesiones del capitán *Silver* y el entonar continuo

*“Son quince los que quieren el cofre del muerto ...
el diablo y la bebida hicieron todo el resto*

el diablo ¡oh, oh, oh! ¡viva el ron!”

pero esto no alcanza

yo también robé una chalupa para acercarme a los barcos en las cubiertas
dejaba clavado un cuchillo lleno de enojo

y fugaba.

Miramos en los vidrios

aquí pasa la carreta que lleva sal a los heridos
los molinos manotean un aire que se escapa.

Entre los dientes la arena se acumula sobre la loza de los platos que
han dejado de cenar sobre la encerada piel de las coristas que se
desnudan como en la infancia y ríen de los hombres entre el ahogo y las
sábanas hospitalarias: acumulada arena, costa.

Los molinos languidecen son flores quemadas por el calor
monstruosas y calladas.

Yo no seré tan torpe. Yo no seré tan silenciosa. No quiero dar mis aspas a la
desgracia ni al vicio ni al asesinato.

Yo escribiré mi poema bajo el foco de los perseguidores ser ese lobo
conmovido por la muerte
la honda aspiración de aire que permite olvidar.

Miramos en los vidrios

y *Honorata* (2) podría aparecer eternamente en los camarotes con su vestido
ampuloso y blando

y subyugar a los duelistas

a los encorvados

a los que perdieron el cabello por la peste

a los que nunca más quitarán sus ojos de la dureza.

De nada ha servido robar chalupas y acercarse a los barcos
oh madre tú no remabas eras inclinada sobre una pileta llena de ropa
eras descalza se salpicaban tus pies.

De nada ha servido decorar cuchillos y abandonarlos a bordo
madre tu cuchillo fue un cuchillo de cocina flexible y tramposo

a tu alrededor cebollas muertas su suero ácido y blanco

y tú sin compasión

madre, no llorabas?

madre, nunca has llorado?

madre, llora, por favor, llora

 almorcemos las nueces que han caído del gran árbol, leyendo
 los periódicos que anuncian la muerte y la desaparición

debemos hacer un viaje y marcharnos

 huir

madre, tengo fiebre

 pánico

las puertas de los hoteles tan parecidas a tu mano llena de cal, me permiten
entrar, salir de las ciudades escribir los párpados de las estatuas fijas en
los parques, en los pasillos de los municipios, en los paseos funerarios, en
los camarines llenos de utilería, frascos de maquillaje y las engarzadas
plumas negras de los sombreros

madre

tú no leerás mi poema

recorres la extensa plantación de ropa lavada y dura de almidón.

 Eres ese cuchillo de cortar verduras húmedo y cruel apoyado en el
mármol.

 Miramos en los vidrios y mi cabeza podría estallar, quedar en trozos de
cabello y sangre, ser un poncho, una manta indígena para ocultar a los que
desesperan lejos del país

ellos

que son alimentados de madera

que sostuvieron estandartes un ojo abierto, desfondado y el frío
irremediable de las lenguas que han muerto.

 Miramos miramos en los vidrios
en la costra que decora el lomo de los perros
en los mercados malolientes y vacíos

en los trapos que alzan la grasa de infinitos almuerzos
en los drogados que pulen una cuerda que ya no da sonidos en los desvaríos
de los pobres de solemnidad

ellos

que atestiguan la llegada de las reses en los mataderos
y cruzan su copa llena de espanto en los aniversarios.

Estercita también ha cruzado el océano creyendo que allá el agua no se
parecerá a los hombres

y estamos aquí todos enterrando las frentes
dando un chirriar de automóvil sacudido por el otoño
y miramos

aseguramos que esto ocurre en el país:

que somos desposeídos en los años de las altas mareas
en los meses de llevar eucaliptus a los aserraderos
en los días de lluvias ignominiosas de lluvias balcánicas de lluvias que
hacen reverdecer la hierba y cuarteán el zapato que quedo perdido en las
terrazas.

Desposeídos estamos en la hora del cumpleaños cuando la abuela da su
última campanada

En lo alto están los automóviles amarillos;
con vuelo conmovido y sutil dan a la ciudad su aire de catástrofe
el tono sepia de los desmoronamientos
de las luchas civiles
las celdas de los infecciosos
de lo que ocurre

y el mirar nuestro ♦

1. Ver "La Isla del Tesoro" de Robert L. Stevenson.

2. Ver "El Corsario Negro".

Dónde ha quedado el aro de las nodrizas lunar soberbio sobre el corazón falda estampada por cenizas?

Dónde ha quedado el camión terrible de los púberes sus labios sin hueso filoso labio que nunca ha cortado más que incienso?

Qué de los perros en el hambre, precipitados a un paisaje que les da estupor y ferocidad?

Qué de Simón que ha trepado a un árbol y de allí no desciende?
Dice: “aquí seré más alto. La hojarasca es generosa. No moriré de hambre”.

Y Leonardo que construyó un avión? Su latiguillo de piel de hipopótamo dará castigo a los crueles restallando la bóveda de su cabeza oscura.

Y dónde ha quedado mi amigo Juan Cristóbal que se ha marchado, que bebe tequila frente al Pacífico

(hemos visto esa película, ahora recordamos)

y está decidido a levantar una ciudad?

No vamos a morirnos sin más de tristeza y ocio.

No vamos a creernos felices en las fiestas ante los manteles con almendras y pájaros sin plumaje que nos dan en comida.

No diré: “este es mi reino” ante el satén y el dulce clima que nos vierten a la boca

atmósfera de ojos vacuos una uña en la silla que ha perdido el ángulo del hogar

y nada será nuestro acá más que la arcada el portal de nuestro terror abierto en el estómago

o el deseo

saber que seremos más hermosos llorando bajo un árbol

ese nuestro corazón ♦

Pero estoy bajo la campana blanca de la ciudad. Concluido el otoño es lluvia lo que se nos cae lluvia dolorosa sutil la melodía imprecisa que tarareó mi madre fregando un manto informe.

Vuelvo a escuchar la canción es un instante
la lluvia grita un jazz una baguala
deformadas las voces de los que súbitamente enferman
es mi madre

encontró la seda de las medias que oculta mi hermana en su corpiño.

Tenemos pánico las hermanas corremos por pasillos de la casa,
huyendo de la madre

y hay lluvia

cáscaras de un árbol que no termina de afligirse

papeles que dan al aire las fiestas de la ciudad

ceremonia en las carnes que han sido tocadas por el crecimiento.

Pero la madre está furiosa desgarrar los corpiños que encuentra olvidados en las habitaciones. La cazadora está oculta, con su cuchara filosa vigilando los hundimientos y las protuberancias. No predica. Esgrime la alpaca del cubierto dando un resplandor de novia entorno.

Ha destilado un jabón negro para quitar el carmín del labio de las hijas
los aceites la máscara el horror de los cuerpos.

Hemos pintado nuestras bocas con témpera escarlata. Damos un aspecto trágico de muñecas degolladas comidas por ratas en algún sucucho amadas por un hombre.

Nos ocultamos en las cámaras, en los dormitorios huyendo de la madre en los cuartos, en los camarotes, en los zaguanes, en los descansos

la madre blande su cuchara feroz en las escaleras, en los altillos, en los sótanos, en las alacenas, en las despensas huyendo en los desvanes, en las bibliotecas, en los comedores, en los jardines, los porches, en los pasillos, las cocinas, en los lavaderos

ya no podemos respirar

detrás nuestro un reguero de tules y sedas en medias que se confunden la pintura que se desprende de nuestras bocas abiertas

y parece que sangrásemos ♦

El agua lunática

(de ella nos decían los que vivieron en el árbol)

da un aullido feroz y vuelve a la intemperie

es la madre

y allí estamos

con taconeo frenético golpeando sus caderas las ramas que

se dieron a la muerte el ocultamiento

ese nuestro corazón

saber que seremos más honestas una mano desnuda y los velos hinchados

en el viento del hogar la madre sin pechos la espalda consumida por

paredes que arden

(y aquellos que incendiaron estopa en los dormitorios han quemado a la madre, la vergüenza y las herejías de la carne)

Hemos buscado ansiosas la pureza el círculo afligido de una cebolla muerta por quien mi madre no lloró

no lloró jamás

hemos buscado

abstinencia y pecado sus violentas formas de recogimiento y falta

hemos buscado

aullando sobre el friso de la madre el gran ornamento de enaguas

sucesivas la majestad hecha de lámparas que anuncian su cabeza

hemos buscado

y llorado desposeídas de todo lo que se encuentra.

Acude el roce de la lana áspera y pesada del chal; tumefacta después de las lluvias, agotada por los afectos y las cercanas frentes que quedan en la tierra.

No hay más memoria que esta humillación
la torpeza de un manto que anilla su pobreza, su vacilación constante.

Era otra la apariencia de las lluvias de las casas bajas bajo el clima

las lámparas de aceite el collar de óvulos apretado por la madre.

Vaticinio y ansiedad el círculo cruel de las crianzas insatisfacción y deseo

ese nuestro corazón el brillo que se extrae a lámparas sin genios.

La madre anunciadora estaba allí el porvenir el constante duelo de la fertilidad medias para seducir y prostituirse

o dar en la pared la sombra de las horcas ♦

a Nicola Di Bari

Nuevamente entre muebles próximos a la locura a la iniciación
hago sonar un disco antiguo.

Qué sabrás tú, madre mía, de esta tormenta? Con tu espalda fina y de un sólo lunar, la belleza y tragedia del mundo tendrán su luna opaca sofocando el derrumbe.

-Lisa, mamá no sabe que estamos en este bar con hombres.

Qué harías tú, madre, con estos rostros llenos de fiebre y de memoria destruidos los labios para siempre saliva y cal en la risa patética. Yo estoy con ellos. También yo he llorado mucho.

El disco pierde su "Lisa de ojos azules". Los peces dejan su sombra en el agua.

Mírame en este vidrio helado en la copa de la que nunca me dejan beber porque soy enferma porque nunca miraré los objetos con inteligente armonía. En cada sandalia mis pies encuentran un sitio de extravío y cada vidrio te devuelve simétricos tus ojos aguados.

-Lisa, cómo serían tus ojos azules antes de 1976? ♦

fragmentos

de la primera carta

Julia:

.....
desaparecen los disfraces, y José Cemí ya estaba muerto cuando corri con él para escapar de las herraduras, de los hombres, de los caballos; de la sonrisa de caballos de los hombres la muerte sólo existe cuando la recuerdo cárcel donde entran todos y si él vuelve a decirme “amiga” también está muerto Nadie respira. Sólo las banderas. Los muertos están quietos, tristes como cadáveres.

.....
No sé cómo explicarte que puedo nombrar las cosas sólo a condición de su muerte.

*Cómo era la memoria antes de nosotros? Quién me recordaba en Creta cuando escribieron la falsa explicación de los disfraces? Adolescentes vuelven en páginas que me seducen: alquimia que Hermes abandonó en Léucade y que recuerdo en los deslumbramientos puros.
Palabras para disolver el oro y reconstruirlo, explicación del azogue, símbolos que no deben parecerse a los dientes de las cosas.*

M.S./Montevideo
agosto de 1979

fragmentos de la segunda carta

Querida Julia:

hace apenas minutos que llegué. Pienso en lo que hablamos

.

Hoy, en el hospital, un hombre me dijo sobre la muerte algo que no comprendí; no lo recuerdo ahora, pero los dos nos preguntábamos si moriríamos en el día.

No sé; la muerte se burla. Son mis palabras que la persiguen y ella huye dejándome solo.

hace mucho frío como cuando es artaud el viento quien sopla.

.

D.N./Buenos Aires
octubre de 1980

He viajado toda la noche contestando estas cartas
llegando a la entrada de correos malolientes de madera pesada y mosaicos
opacos rajados en sus bordes una imagen lenta de la desesperación.

He llegado a estas casas, aparecidas sobre mi cabeza con su estrecha
puerta de lupanar
de leño habitado por gomas descompuestas
ventanas con velas dándole luz
humo de cocina
las secretas urnas de los papeles muertos, enaguas dobladas, labio mudo
partido por la ferocidad del afecto.

He llegado a la triste habitación donde quedan las cartas su ojo de
pescado abierto a un aire sucio.

Mañana almorzaré ante un vaso con flores.
Hoy busco la casa donde escribir sin ser hostigada por escritorios fúnebres
lámparas pendulares en los techos altísimos tinteros de vidrio
y el cuchillo para escribir las palabras.

He viajado "iluminando el papel con las uñas"
buscando en estampillas el rostro del hermano una puerta ileso una
loza de sal donde dejar los pies.

Estoy acurrucada en un furgón que nos arrastra. Hay muchos cajones
completos de manzanas, cientos de ellos y mi cuerpo pequeñísimo

todo
un balazo al cielo de la noche
y la Patagonia abandonada como un viejo revólver.

Escribo en el papel lívido que envuelve las manzanas, sacudidas las
manos por el tren que se aterra. Es un pequeño tren de campo que nunca vio
el océano.

Imagina las catedrales: "una esfera de piedra que detuvo el
desierto un árbol que reza".

Así nuestro terror adhiriéndose al riel.

Manzanas, tren, mi cuerpo
ínfimo; sólo sabemos ser cobardes soñando entrar en un Nigth Club para
tirar una silla contra el espejo que brilla detrás de las botellas y escrutar el
humo apretando una colilla a un costado de la boca, sonriendo apenas
todo lo que ocurre en el cine norteamericano, cuando aquí enterramos un
cuerpo verdadero ♦

escritos a leila

*“Entre las torturas y catástrofes de la vida, es preciso, pues, incluir ésta:
nuestros amigos son incapaces de concluir sus historias”*

-Virginia Woolf-

No conozco otra canción que este viaje otra ansiedad que su quinqué
humeante
voz absorta tren
ese gramófono gira una rueda patética.

No conozco otra higiene que las tazas de bronce donde enjuagar las
manos. Rito en los camarotes entre colchas y polvo.

No conozco otra pasión que lo escrito
no hay más comida que la voz truculenta de los ejes en marcha
viajamos el verano vendrá con sus cuerpos ilusorios
sus vestidos débiles viajamos
el verano es tristísimo hay moscas sobre un pañuelo azul
mi amiga muere en un hospital de la provincia.

Dónde fuimos adolescentes de lentas piernas la Patagonia con sus
lobos fantásticos

no éramos muertas

Leila repite almendras soplando un caracol. Estaba opaca y lenta bailando
en la torre en colchones hundidos como un pez

no éramos muertas

hubo ferocidad mudas cazadora sombría a merced del follaje. Ha
quedado de aquéllo la piel de un oso alfombrando esta pieza la inquietud
de las armas.

Mi pequeña Leila ha sufrido toda la piedad que dan los sanatorios sus
frascos abiertos exhalando un vaho que se estanca en los techos

Qué caracol pequeño para tu inmensa memoria

mi pequeña dulce Leila pies ateridos y un pliegue de las aguas para
hablar en tu boca

no éramos muertas

líquen dado a la carne corpiños cuervo que grazna

no contemplo más luto que esta ciudad

mi pequeña dulce Leila extasiada por los violentos tintes de las colchas

drogadicta

abriendo una bufanda que midiera el tamaño de Greenwich mi pequeña
Leila

reloj de lana

no has tenido más calma que esa alfombra salvaje entrevista en el sueño
vagón de leña pobre

mi querida eran los colegios esa hamaca letal donde nos balanceamos
furtivas

acechando el crujir de los pasos galería sin voz anillo extraño la
vastedad de ángulos resuelta en el insistente gotear de una canilla

qué haríamos de esa ambigüedad de las carnes

del paisaje sin más bondad que el cabello laxo de sus estudiantes
abandonado a los hombros

qué haríamos ante el estruendo de la sífilis en los corredores

la prostituta que arrastra una muleta hinchada con Jeanne

la abuela que degollaba pájaros para su cacerola

qué haríamos mi pequeña

la sospecha bastaba para alcanzar las horcas o los trenes

olvidar la Patagonia con sus aguas últimas del mundo

esqueleto de pez nuestro cabello mutilado en el loquero blanco

qué haríamos

más que ser torturadas pequeña Leila en los antros de una escuela
salvaje.

Pero atrás

labio en la tierra grumos de hormigas y suave pasto líquido infancia
nos llevaba el alcohólico carro de los sepultureros. Ya entonces nos
envolvían el cabello en trenza fatal. Extendida tu nuca eras siempre el
bosque quemado declive en troncos que caen tiznados, convulsos

atrás

aún crujen las astillas remotas. La humareda clara que exhalan los
eucaliptus, daba niebla a tu carne, a la fina hilación de huesos sumergidos

mi pequeña dulce Leila trenza anudada abandonada como un crimen.
No eras más pequeña que una nuez de quitado pellejo
silenciosa hilo pobre de las cortinas de arrabal disfraz y bocas disueltas
infancia la madre que no está
una perdida

memoria

que no cesa
que no hay sábana sin que roce su poca carne limpia
que no hay testigo que asegure la migración de huesos en el polvo
que no hay hombres más allá de los rieles de sus muslos
que es madre la unidad terrible de vientre y de cabellos
foto que rutila bajo una lámpara
antiguo monasterio al que te inclinas antes
atrás

madre que no hubo
la sospecha sí la memoria vasta como un clima
el devoto paso de los animales a las aguas

Qué harías sino buscar la evidencia de la madre
pequeña Leila

la evidencia del padre que no cenaste a sus pies como una indígena que
no hubo padre ni periódico al que deje su cabeza dormida ni sus manos
de tornero fueron visitadas más que en el cadáver porque el padre fue
muerto y lo conociste en el entierro

y nunca el llanto en ti
y la abuela golpeando la cabeza de los pájaros

Qué harías dulce Leila grumo de talco
ebanista que ha doblado estos muebles a la hondura de su
pesar
y todas las maderas que has tocado son blancas y confusas.

No hay verso más extenso que un tren cruzando los fondos de un paisaje
disco de pasta canción de cuello negro
salmo y piedad
no conozco otro perfume sino estos lienzos de alquitrán cubriéndonos los
bronquios
viajamos
el hospital repite sus muertes como aquella foto de Marilyn haciéndose
eterna en los espejos de la Metro
lento, voluptuoso círculo de dolor
los perros encerrados en sus dientes

Qué harías pequeña Leila carrillón que suena en la cúpula pétalo
echado a un aire de perfume violento
qué haríamos la sospecha bastaba para alcanzar las dagas o los trenes
olvidar la Patagonia sus islas prometidas nuestro cabello en trenzas
echado a los canastos
qué haríamos más que ser corrompidas pequeña Leila
 grumo de talco reloj con su silvestre aguja en los minutos
 ebanista que da cuerda a una madera
 vagón de leña pobre
 mi querida colegio que has bailado en sus columnas
 delantal de líneas duras y limpias como un yeso las medias azul
 las medias y encajes del corpiño el reloj y el talco
 evanescente, grumo dulce pequeña Leila
 carrillón en su cúpula y Jeanne en su muleta
que el pétalo derrumbado en la insistente estación reanuda su movimiento
en el perfume
que somos un soberbio paisaje que acomoda sus huesos a la edad
atrás
la esfera de un bosque con su cristal flexible y nosotras

quien limpiaba ostras con una cucharilla de té

Leila

quién clavaba el velamen a los postes del telégrafo

quién incendiaba lámparas por apasionamiento por
ansiedad por espíritu festivo, celebrando las nupcias de los
peces

quien robaba pan a las caravanas penitentes quien ofrendó su
pullóver a una oveja.

Próximas al exilio que dictan los maestros de geografía próximas al
deslizamiento del corazón hacia las piernas

Leila sopló su caracol 3 veces

3 veces se arrojó de la cúpula del árbol ◆

escritos a meidale

*“Los antiguos invocaban a las musas
Nosotros nos invocamos a nosotros mismos”*

-F. Pessoa-

*“encontré una reproducción de
Toulouse Lautrec , una pintura
que se llama Dos amigas ...”*

Julia/carta a Méidale
mayo de 1978.

El aire encierra un cielo manchado y deshecho
luces blancas de la locura que enferman esta costa.

Mujeres sin lámpara llegan a encender la arboleda y son frágiles polleras
golpeando el paredón del río.

No hay nada hermoso que agite el corazón nuestro
qué amplio el aire entre mis blusas escondo las almendras que olvidaste
en la canasta melancólica para ir a los aeropuertos al mar a la muerte
de André Salmón, cuando las copas quebraban sus bodas para él. Has
llevado tulipanes a su entierro y en el Louvre, eras la muchacha huérfana
que miraba los mármoles.

El reloj morado retoma la marea. No está la muerte la escandinavia
azul.

Estamos lastimadas entre el vapor que desprende la muselina de los
trajes.

Yo he roto mi mapa de Estambul. En los callejones de piedra estrecha,
los mercaderes crueles que amontonan sus tiendas me habrían asesinado por
robar un anillo.

Los viajes te han enmudecido. No están las brujas incendiando los
puentes medievales, ni la mirada del príncipe desde su torre nupcial
lastimando los navíos del océano.

El paisaje te ha callado

eres el geómetra que traza las líneas del mundo

y el universo te acongoja porque crece sin ti

eres la hechicera que alza hierba para humedecer su sótano

la novicia de ojos blancos que nunca creyó en Dios
sin incienso sin ánforas donde estacionar los aceites
no hay vino en tu misa
sólo el idioma cae en ti como un rezo incesante.

Nuestra lucidez mira la Grecia el pétalo moribundo del mar.

No están nuestros cantos alucinados ante los muebles que sucumben
los odres de porcelana que guardaban licor, no están las perlas que
cayeron del collar de tu madre.

Hemos descubierto que Baudelaire nos amó que Paul ⁽¹⁾ nos buscó por
las extraviadas calles de París

y nadie supo decirles que peleábamos en la américa del sur para ahorcarnos
con una media del balcón de la casa

sin viajar

sin apartar los cabellos de sus frentes vidriosas.

No hemos llegado a un París devorado por la fiesta a derramar la vieja
flor del poeta que mira los entierros ♦

1 Ver "Los niños terribles" de Jean Costeau.

Hasta aquí llega el lento deslizarse de las cloacas bajo los lechos de los ciudadanos. Hay un afligido paisaje de casas que se ocultan la argamasa del hospital se desploma en sus enfermos latas torcidas por un diente muerte no hay. Sólo la noche crepitante.

Pero atrás
el atalaya era un signo único y perfecto
vasta memoria por cubrirse
hechos que nos atestiguan
dicen que hemos estado hemos sido febriles en multiplicadas noches,
bajo techos que tosen, se convulsionan.
Junto a bujías impávidas, chimeneas iluminadas como el Nueva York nocturno, como la leña ardida en la pampa del país.

No vamos a decir ahora que no tuvimos felicidad.
No vamos a decir: “somos torturados por el pasado.

Mañana nos degollarán a todos. La culpa está en nuestra virtud”.

No vamos a morirnos sin más; sin sacudir la tierra con sus muertos
Méidale, yo, el “rubio del violín”,
inclinados sobre sus almas rotas
cosiendo en hilo blanco vestiduras rajadas,
(viejo cuchillo en el fuego para quitar la bala).

Estamos aturdidos perdidos entre pasillos y preguntas sus cerebros agonizados y húmedos nos hacen sollozar

“que no nos entierren en sus labios
que nos digan dónde están
dónde estás Dalila?”

Están muertos
son un anillo que aprieta la memoria
pampas trágicas del país cabezas en sus tierras

pensamientos ♦

Estamos disfrazados. Méidale, yo, “los niños terribles”, Miguel con
camisón de franela rubio el violín a la espalda como una ballesta;
estamos disfrazados.

Contemplamos lo que sucedió con nosotros 10 años atrás; ese pasado
entrevisto en un prisma cientos de peces boqueando en arena gris lluvias
de Marzo sombras de la hiedra
(el mar rompe los mármoles del patio)
nos horroriza el suicidio de Paul ⁽¹⁾.

Pero atrás lenta hamaca del deseo
los colegios incitaban el instinto fatal de los adolescentes.
Antros propiciatorios escaleras en círculo cable del que cuelga un foco
ahorcado una paloma abierta las gillettes aún sangrantes dejadas en el
mármol
ornamentos
las balas quedaron en la cámara triste de nuestro pensamiento, un parque
absorto donde caminan los estudiantes repitiendo la fragilidad de las hojas.

Escucho el balido de las ballenas escapando en la espuma.
El mar es ahora dos músculos enormes.
Nuestras copas estallan destrozadas por la memoria.
En línea perfecta frascos de veneno alumbran el pupitre escolar.

Morir
no extender más la cima de los pechos
no ocultar el vello los paños menstruales las ligas prostibularias
no desnudarnos
no contemplar el arcón de las culpas.

Estamos disfrazados reunidos en tomo a restos de cristal.
Paul ha muerto en la alcoba fantástica, envuelto su cuerpo con fotos del
actor que regala mandrágora.

Un reguero de bocas ha crecido en la arena. Comenzamos a cantar

el suicidio es la casa dejada hace 10 años
un decorado sencillo de filos y de cuerdas extravagante perfume de
ponzoña
entonces nuestro corazón
disfrazados el rostro volcado a un mar que crece
no morir

Nuestra boca es el ojal que atraviesa la desgracia
y no hay más belleza que estar abandonados ♦

1. Ver "Los niños terribles".

escritos al padre

*“Sorprendí a mi padre ahorcando una gallina y asustaban ésas, las manos
suyas de asesino.”*

–Julia– carta a Méidale,
marzo de 1982

No hay muerte. Sólo el párpado en sus límites la curvatura de un
carro cubierto de heno o de cadáveres las muelas que lanzan los duelistas
contra el fino roce de las hojas,
que no hay desaparición y la máscara está quieta en su estante mutilado.

 Quien atestigüe el cuerpo
quien asegure la espalda extendida por la ráfaga
el que hablara y comentase que hay carnes y sus nombres no encontrados
aquel que repita la lista de brazos sepultados en su sombra en su visión
descompuesta de torsos en el polvo, cabezas en el agua
el que explique no dirá su poema en esta época
que muerte no hay
el vapor creciente de una estación corrompida un gimnasta que ha
recibido torturas en sus músculos nadie que asegure las fechas
cifras inmersas en la lámpara la iluminación pueril de sótanos y celdas
 la hospitalaria ceniza de los huesos espesan el cognac, licor que pena y
camina por la copa ♦

No somos el aserrín disperso de las carpinterías ciudadanas
confusas las maderas la altura de los árboles en un polvo anónimo.

No me ilumina el candil de las esposas fijas tras la sábana suntuaria.

No tenemos cofre para guardar la perla del collar materno ni secretas
cartas amorosas

no poseemos belleza ni piedad.

No existe objeto que nos otorgue calma. Sollozamos como perros
lagañosos sofocados con una excusa de palabras que nada dicen de lo
nuestro.

Alguien está detrás de esa puerta alguien viene alguien quiere
asesinarnos

padre dime dónde ocultas guadaña y rifles el cráneo del abuelo
empapado en nafta (estallado su corazón como una bomba que quita el agua
de las cuencas subterráneas) padre recuerda los nogales el jardín
sacudido y brutal que en la estancia nocturna brilla un desarmado
cuchillo padre

alguien viene a asesinar

dónde ocultas el garfio el gatillo incrustado la resina que desprende el
ojo de los muertos.

Me ilusiona el contorno de los muebles, He visto esa costa aún más
desamparada, bajo esta sola luz que muerde y distorsiona;

y busco tu navaja la biblioteca ceñida de un techo que se cae suelta sus
láminas sus violentos tintes desnudos, hacia donde todos dormimos.

Huyendo en el pantano me recuerdo los insectos pegados a la piel que
se parte hinchada por la fiebre, el barro ponzoñoso, la memoria la terrible
memoria

aletea ese pájaro enfermo y descreído.

*“Son quince los que quieren el cofre del muerto
el diablo y la bebida hicieron todo el
resto*

el diablo ¡Oh, oh, oh! ¡Viva el ron!” (1)

Aún está en tu hombro (degollado por la sal y el viento oceánico) arregla su ala corrompida, su pluma silvestre y desalmada sin probar otro licor que el sumo de sus huesos, grazna

“son quince ioh, oh, oh! son quince ¡Viva el ron!”

y está en tu hombro, *Silver*.

Yo los observo balancearse sobre el barro la lánguida argolla del vapor traza un labio apretado que los besa,

o les implora, o los humilla

yo no sé

no comprendo los libros que he leído

voy a morirme me van a matar pronto y no sabré por qué

cantan para mi

el diablo y la bebida

padre

dame tu revólver

padre asísteme

almorcemos las nueces que han caído del gran árbol, leyendo los periódicos que anuncian la muerte y la desaparición.

Debemos hacer un viaje y marcharnos huir

padre tengo un pulmón estropeado por el ancla el otro por la niebla

dame tu linterna

alguien se esconde en el yuyal en los telones en los sutiles lienzos de una cebolla, entregada en holocausto por la cena.

El cortinado se agita, empujado por la noche las vendadas piernas del acróbata flageladas en el salto

caen

Es la esfera de un circo:

acabados los disfraces

sin tener más lonas que ofrecer

deshilacha sus propios animales.

Padre el pantano me ahorca con su humo infeliz el agua habitada de
batracios se derrama espesa y verde

no puedo entonar otra canción que aquella que invoca el cofre de los
muertos

Silver vete con tu ala despiadada más allá de mi cráneo desencaja tu
muleta vete a las cocinas, a freir pescado ata las verduras y las culpas
en un solo manojito y vete

Vas a cortarme una pierna con esa canción infame
y ya no podré huir

en el pantano/me recuerdo bajo sombras eclesiásticas de tumbas
leyendo las manos de mi padre, pedernal y pólvora apretadas en un
puñado seco en mi libro el roce de las balas diablo bebida y el cofre de
mi muerto

padre

están espiando detrás de esa puerta

y es un mismo el cuchillo que nos mata ♦

Y si el teléfono suena como un labio negro aplicado a mi oído y no hay palabras sólo saliva en esa boca
sólo agua mala de beber
y yo sigo durmiendo todas las horas que duermo para no matarme
y tú mueres por mí
y llego tarde a los funerales
yo no sé por qué papá, dijiste que ese día voy a quedar dormida, por qué siempre me lo avisas todo.
Esto no tiene remedio. Inútilmente escribí a la compañía de teléfonos que yo nunca pagaría sus cuentas ♦

escritos a la hermana

“Era una mujer que tuvo dos hijos gemelos y unidos a lo largo de todo el costado .

-No podrán vivir- dijo un doctor

-No podrán vivir- dijo otro

-No podrán vivir- fueron repitiendo todos, quedando desahuciados los nuevos hermanos siameses.

Sin embargo, un hombre con fantasía y suficiencia, que se enteró del caso, dijo: ‘podrán vivir. . . pero es menester que no se amen, sino que, por el contrario, se odien, se detesten’. Y dedicándose a la tarea de curarlos les enseñó la envidia, el odio, el rencor, los celos, soplando al oído del uno y del otro las más calumniosas razones contra el uno y contra el otro, y así el corazón se fue repartiendo en dos corazones y un día un sencillo tirón les desgajó y les hizo vivir muchos años separados”.

-O. Wilde- Los nuevos hermanos siameses

“y si mi mejor amigo muere,
danzaré la medida de su tumba.”

–W.B. Yeats–

Con el árbol con el álamo plateado

(ser en 2 mitades silueta de nieve sucia y lágrima de pez álamo blanco y
cabello de mujer) bailamos

nos refleja el alambre de púas que contiene a los caballos.

Con el árbol en un crujir de copas

¿el champagne que bebiera Magdalena bajo los disparos de castañas que
explotan en el fuego aquel champagne es este otoño de los bosques?

–baila conmigo,

álamo blanco

una fuerte lluvia entre las casas cintas versos crines de caballos (grumos
que el agua no deshace)

y una ventana es el pedazo de lluvia que se tiene.

Estoy descalza (es desnudo el pie del que baila sobre hojas). Tengo
una pierna herida por las balas por las castañas malignas que en la cortada
Carabelas dieron muerte a *Caramaux*.¹

Wan Stiller curaba la herida con un cuchillo quemado y aguardiente. Yo
he limpiado mi pierna con champagne y dejo que miren los caballos
nuestro baile que no comienza con la noche
y no termina.

Cielo y pulmón enfermo huecos de ciudad baleada esquirlas pájaros
todo me recuerda el respirar de Magdalena mirando las castañas.

Calor y lluvia infectan los muros de las casas techos que supuran su color

de carne abierta las persianas hinchadas son párpados en muerte
casas del crimen

Wan Stillcr abrazaba las ropas del amigo. Decía: –Dios, Dios; como quien
busca un arma.

En la tierra negra, el álamo de plata y yo bailamos juntos. Cabeza
abandonada entre las hojas hojas que rozan corren sueltas con la
música esas perlas salvajes hojas de un bello árbol

el bosque ha caído en esta tierra el bosque de Marzo, como quien
derrama champagne en un guante de corsario el guante de Caramaux
regala una perla muda entre los frágiles cabellos de la muerte

–Dios, Dios

y bailamos

el tobillo adornado por encajes y el blanco perfume de las hojas. Ya no
somos álamo y mujer. El alambre separa la danza del infierno.

La pierna tiene el peso del dolor del amor que ha pasado como un fuego
de balas de las ropas que caen entre paredes bailo

en la pendiente de hierba el deseo de buscar otros labios que la muerte
otra herida donde el dolor es la altura de las casas un verso blanco un
paso de baile separarme de los objetos que se rindieron a la locura antes
que al afecto; los objetos que nombra Magdalena entre estallidos
fuegos artificio

atrás

quedan los vidrios que la conmovieron

la niña Magdalena

la Mayor asaltando caballos detrás de los alambres las tasas de arcilla
donde bebía su licor las medias ocultas dentro del corpiño

todo lo que está explotando entre castañas y muertos que la imaginación
desata y bailo

me alejo de las ropas, de los frascos que guardan maquillaje, del collar de
óvulos enebrado por la madre las terrazas impuras.

Soy la Menor y bailo con un árbol plateado; lejos de la niña Magdalena.

Un paisaje de violentos contrastes, como la foto de un crimen, pone sombra en sus pechos

respira con dificultad recibe la mirada de *Wan Stiller* como un trago de veneno. Se olvida de todo lo que ha muerto a su costado. Bebe sobre el destrozo de castañas y el fieltro que cubre la boca de *Caramaux*.

Pero atrás
corríamos desesperadas por la casa.
Ninguna puerta era espesa ningún escalón separaba de la tierra. La madre anunciadora estaba allí
las tijeras de la madre el labio fino de los hombres
el mundo era peligroso un cuerpo lanzado sobre otro llevaba la ferocidad de una bala la madre tenía sombra de cal y corríamos con mi hermana por pasillos untados con aceite de cocina, entre cebollas que presentían su suerte de cadáver el mundo era malvado el mundo era una perla metálica corrompiéndose en una palangana de ácido era una perla caída de la garganta de la madre el mundo no tenía rincón para las niñas.

El trapecio que cuelga de los campanarios nos lanzó ateas a un cielo desenfrenado y maligno; nos privó de consuelo.

Eramos criaturas vigilantes reconstruyendo un atalaya eterno
mi pobre Magdalena
mi bella Magdalena que sostiene una aguja helada
no puedo estar cerca de ti.

La adolescencia nos dejó inseguras y perversas
estoy donde no quedan casas, ni lámparas, ni hombres
donde bailo con un árbol que es mudo y tiene hambre.

Los corsarios han muerto
Caramaux ha muerto
Wan Stiller ha llorado si, mi bella niña
todos los libros han desaparecido
han sido quemados al fondo de las casas. La liturgia ya no tiene páginas ni signos que sacudan la noche.

Debemos escapar huir dejar las casas

 almorzar las nueces que han caído del gran árbol, leyendo los
 periódicos que anuncian la muerte y la desaparición

el reguero de medias que ennegrece el rostro de la madre los dedos de los
hombres las ratas que caen de la canilla.

 No puedo sostener tus párpados tristísimos
tu boca destruida por el asma
tus piernas sacudidas por el tango ,

 Esta ciudad levanta cúpulas donde los hermanos traicionan y asesinan
quisiera perdonar olvidarme quitar las ropas estar desnuda para
alguien sin que las perlas de la madre goteen sobre mi frente
sin parecerme a Magdalena sin sollozar.

 Tengo miedo de que alguien venga y me mate. En el resumidero un
anillo gira sonámbulo. Escucho a las polillas deslizarse por los muebles.
Alguien abre una puerta. Una llave choca con un vidrio
Todas las miserias que ponen pánico en un rostro son el atelier de la muerte
y toda muerte es un signo que compone tu nombre pequeña Magdalena
no puedo estar cerca de ti.

Estoy herida estoy desamparada los testículos de un hombre pueden
producir el sonido de la locura el sexo de la mujer una caja de sal
donde crecen pastos negros

quisiera entermecerme

quisiera tener una pasión

quiero bailar con el árbol que crece en el pantano no puedo estar cerca de
ti

si hoy no bailo ya nunca tendré piernas

Voy a saltar el alambre

 (Creo que Magdalena canta “*Basura*” encerrada en la pieza y
 mira explotar las castañas y la lluvia contra el vidrio. Me
 pregunto si todavía escondes la tijera que quisiste clavarme si
 todavía te alimentas con la pasta oscura de los discos)

no puedo estar cerca de ti.

El alambre separa la danza del infierno

la cúpula amarga nos deshizo
la belleza nos arrojó de su posada.

Hoy bailo con el álamo de plata
nuestro baile que tiene la superficie calma del veneno
nuestro paso secreto entre caballos
mi pobreza que baila ♦

“Abrázame” le dije a mi hermana mayor sin mucho convencimiento
pero ella no escuchó

–estaba atendiendo a su gata que paría–

El cielo cayó otra vez en placas de sauce negro
otra vez en escombros de yeso que titila.

“abrázame” le pedí. La certeza juntaba el olor sofocado de los pozos ciegos, de los ciegos que no pueden lavar sus pies enfermos

“he perdido mis pies abrázame”

he perdido esa zona donde fuimos ultrajadas
carezco de vientre debajo de las estrellas.

Mi hermana mayor sabe encontrar el paso en los lavaderos
(ropa amontonada vapor espuma derramada en los mosaicos rojos)
allí donde yo me pierdo está la orilla deslizante por donde mi hermana puede pasar.

Mi hermana cocina rápidos trozos de carne sobre el carbón, y el humo adelgaza su pierna de atleta, completa su belleza
(porque mi hermana es bella para que nada nos falte).

“abrázame pídemme algo”

¿sabes que un hombre que duerme sólo me ha dicho que estoy de más en su cama?

no me dijo, me lo dio a entender. En 3 días no ha sonado el teléfono.

“abrázame” el agua sube arrastrada de hojas y sonrosados huevos de mosquito lo que se dice inundada de pena

no puedo encontrar mi cuerpo *“abrázame”*

la casa se estira hacia el parque oscuro de magnolias y búhos hacia los trenes amargos como una hoja de ligustro que la noche mastica

la casa se estira sus paredes veloces hamacan mi corazón mis dedos lamen la curva de los muebles

“abrázame, no tengo cuerpo” la casa es una ampolla blanca donde estoy

hablándote, lavándome la cara, acariciando el agua repleta de cenizas de
labios comidos luminosa transpiración entre las piernas

Fui algo parecido a una mujer que ama

-tu gata no fue mejor que yo-

abrázame tócame la herida

la belleza que falta como un pozo ◆

escritos al novio

“No tengo corazón más que en mi frente rota”.

-P. Eluard-

“y el bosque fue la madre del mar que se paró sobre un médano y dijo:

–amadme hijos, que siempre vais y venís como traidores.”

–Méidale– carta a Julia,
octubre de 1980

La intemperie es segura más allá de las casas
que cobijan zapatos y lienzo alquitranado.

Hombres de mar, para ustedes las lunas crecientes y menguantes los
antiguos mercados buscar el collar que les ampare la muerte.

Aquí está la casa y su bujía. La malvada intemperie arrastra su sotana de
monja en celo.

Aquí el pesado hilo del mantel el baúl donde oculto el cuchillo y el
guante.

Este invierno es áspero. Las ramas están rojas mordidas por el frío. En la
casa el incendio es frondoso. No hay lluvia para su techo de encina.

Qué reloj aúlla?

Qué campana vuelca su aliento macilento su estupor de borracho que
encuentra cien monedas en un saco de piel?

He abierto ya el postigo del sueño.

Del mundo he quitado las mantas. No alimento esponsales.

He quitado del mundo las voces acuosas del marido. Contra los lechos
oscuros arrojo un haz de aromos blancos.

Aquí está la casa estufa de piedras apretadas ventanal sin cortinado.

Dónde estaré el invierno próximo? No quiero ver el mar las anclas
pintadas por el musgo marino y el temor de los peces.

Déjenme la orilla, bajo los dulces árboles con molduras de templo; el yuyal de los asesinatos y de los entierros.

No quiero el agua ni el espacio crujiendo el girar de planetas; el espacio y los nombres de los planetas incapaces de ser recordados.

En la infancia, la ribera cocina el lodo de las urnas
árboles

a quienes ha desgarrado la conciencia de saberse amados

buscadores de oro viejos criminales siempre dispuestos a
arrojar los arpones contra el ballenato azul:

la infancia la fiesta sin ropajes.

Dónde el invierno me encontrará despierta?

No quiero ver los largos cabellos del ferrocarril los porteros de hotel
las bibliotecas públicas.

Madre, permíterne tu cántaro de pétalos sin luna. Los muertos me enternecen más bajo tu sombra y los anillos de boda ya han cavado tu tierra al tamaño de su óvalo.

Vendrán los hombres abandonados por los buques a mirar las luces de los aviones en vuelo. Vendrán los que durmieron bajo la estrella polar.

Después abriré la ancha puerta

(ancha madera
de nudos resinosos)

y entrarán, hombres de las aguas de narices quebradas.

Sobre los vasos etruscos lloraron mis 7 amigos. Isadora 7 meses contempló sus relieves.

Entren aquí está la casa, desnudada sin intimidad

los muebles agobiados por los largos encierros

y descubierto el romance que agita la mesa y el reloj de pie

(su péndulo comido por viejas estaciones) serán siempre
despiertos

y el tizón aceitoso soltando un humo denso, enlutará el porche; la cámara ciega donde se ahogó mi hermano y alguna carta antigua escrita en letras rústicas.

Miren sepan que cantaré en el bosque mientras todo sucumbe y ustedes,

hombres para los que el mar ha sido una aventura, despojarán los cajones que guardan telas limpias volcarán los tinteros y la sangre del príncipe herido por el duelo, pondrá azul el mosaico.

El bosque me ha ofrecido su lecho. Me seduce más él, que el que me han dado los hombres.

Qué canción será la que canten al decapitar mi casa, mi canasto con hojas?

Yo cantaré también lo que nunca he cantado en vuestras habitaciones dispuestas para amores fastuosos

el ala de fieltro de los bucaneros
(ángeles torpes oxidados por la pólvora
y la palidez de las perlas)
no les humedeció la frente. El mar no ha bastado.

Dejádme el bosque limpio
la casa es de ustedes. En el armario abierto al lado de las piedras, se resquebrajan las botas que olvidaron al irse apurados por polleras más amplias que las mías.

Oh, madre dime que a tus muertos les permites el trébol debajo de los párpados.

La tragedia no me abre más pozo que tu bosque.

Yo marchó hacia ti desplegado el cabello. No me asusta el pantano ni el vapor de los climas.

He quitado del mundo el rosado nylon de los camisones.
Llevo el corpiño hinchado por el llanto

a ti vuelco mi cabeza desnuda
y el árbol viejo asesino más honrado que tú y que yo nos mojará los pies.

Estaré ante el mar
y el mundo a mis espaldas ♦

Torpe bajo la devorada vastedad; sin más reparo que las carnes del
techo y el collar de ventanas quietas en el frío
estoy pierna brazo y corazón.

¿Qué darán por mi cuando mi sombra se ofrezca en los mercados, y
quede de mi traje su capucha monástica algo de cabellera que se mutila
entre cintas, peines de hueso, aceite de las lámparas?

¿Qué dirán para cegar la tierra?

¿Qué almendras amargas moverán bajo el sol y en suave canasto
sostenido por uñas dejarán caer sus lágrimas?

Darán 2 pasos mirando hacia los pies salpicados de barro. Darán 2 pasos
mirando hacia las hojas de árboles altísimos. Por un instante serán
silvestres seré cercana, próxima a sus pies ateridos pegoteados por
flores del pantano negro.

Como una membrana la sonrisa será quieta y pálida un círculo riente que
al fin nos une y qué dirán qué antorcha pobrísima clavarán en el musgo,
entre la luz solar, entre el agua que fluye torcida por las piedras?

No digan no hablen nunca. Estropearían un hecho poético:

terminar sin palabras
bajo una luz sin fuerzas
entre rostros sin gestos
en un duelo sin ramos
con gran terror.

Ataviada como una novia final, la niebla cruza lenta la nave del bosque.
El pantano en los fondos ofrece un brazo misterioso y calmo. Ella se afirma
en esa poca agua, se sostiene parece rendirse, desmayarse en las hojas
avanza algo más, desleída, silente abrazando las flores que corrompe el

pantano.

Eternamente contemplé ese paisaje amando desnudo sus partes
nunca unidas fuera de los ritos

toda esa celebración y muerte poderosa en nuestro corazón. Infancia, ¿qué
tendré de ti sin este verano tristísimo qué memoria más blanca será sin el
recuerdo secreto que nos damos? He quedado en esta habitación seducida
por muebles y coso las páginas del libro como una niña enferma hostigada
por hilos.

La culpa ha dado cavidad a mis mejillas y estos ojos impresos por
lámparas prostibularias

por lamparillas de Kermesse

por el neón que alumbraba los kioscos urbanos

por la órbita despavorida de los satélites humillados de girar por la luz
animal y viva de las casas aisladas en la lluvia.

No puedo levantar el rostro hacia los vidrios sin sorprender las luces
hostiles de la ciudad atravesando el cuarto.

Estoy abandonada entre muebles precarios pierna brazo y corazón y
el cesto del ayuno

afecto y culpa, en una sola hoz que castiga el cabello. Seré calva como la
reína huérfana y criminal como ella. Quizás vuelva al pantano y me haga
cazadora. Tal vez lllore y me cubra con las sábanas

querido mío, has quedado en el azogue de la piel de los muertos

he quedado en la patria

sin remordimientos me lanzaría a buscar esa vieja navaja incrustada en lo
hondo del jardín, atrofiada por musgos y líquenes corruptos

sin remordimientos me lanzaría a asesinar uno a uno los bordes del
amante sus esquirlas que aún echan sombra desdeñosa y brutal, ser la
araña que mata y se alimenta del macho que la embiste. El crimen, quizás,
nos otorgue pureza algo de todo lo perdido y remoto.

Infancia antiguo arsenal de pólvora y tabaco bajo los nogales la casa
blanca bajo las tejas enardecidas purpúreas incendiándose el piano negro
que nunca tocó nadie, soberbio en la sala; un vaso con agua del pantano
apoyado sobre él ese nuestro deseo nuestra pasión

nuestra pureza

nuestro reclinatorio.

Tu labio entornado y conmovido, sugiriendo la ancha espera, no lo
tendré ya, no será para mí más que esta memoria perpleja y antes atrás
en los altos hornos de la lucha en los jardines

Infancia en que cuerpos esmaltes ropas, no existían; sólo el deseo el
paisaje desnudo podían recibirte. Bajo la cúpula de hojas no necesitar
Iglesia

Entre las lluvias de aguas jadeantes no necesitar el Mar.

Infancia mi pequeña criatura no te vayas de mí

tu abandono es horrible como si un árbol me matase

tu olvido es la hoja salada de un océano que ha roto mi casa tu perdón el
tajo que separa la boca en 2 labios sonámbulos Infancia Infancia absorta
y muda

baila para mí desliza tu pie descalzo sobre la alfombra muerta

(el tobillo adornado por encajes, gira quebradizo entre copas,
entre candelabros, entre fotos dispersas y sangrientas) ♦

El aire en círculos levanta perros que dan zarpazos al polvo
efervescente aire que estira sus comisuras lastimadas globo de
gas parturientas en camisones desprendidos y el niño que no nace ni
muere.

Agitado aire lomo de un animal rozado por acechos; cae sobre sí
mismo, con instintivos golpes de calor y tumefacto aliento
clima largo tallo de luz
briznas diseminadas por la boca ladeada de los deudos y al fin un espasmo,
un instante convulsivo que ciñe la garganta de un cielo ya muerto, ya
herido, ya para siempre agarrotado y trémulo en las lozas del techo.

El cielo se abre como un pájaro reventado a pedradas.
Su sollozo es ahogado soltado a gajos, con un agua dramática que se
hunde en las rendijas.

Clima
esta sandalia ha sido tu humillada consorte esta ropa embebida en su
hebra más íntima pasiones
sin bujías que iluminen los cuerpos, y el amoratado cielo que declina que
rompe su piel tumorosa.

Es blanca esta lluvia blancas blusas sobre el corpiño helado. El arpón
clavado en lo alto y enfermo del aire también relumbra blanco y hunde otra
vez el marfil de su punta.

Torpe bajo la devorada vastedad; sin más reparo que las carnes del techo
y el collar de ventanas quietas en el frío
estoy pierna brazo y corazón ♦

“... hija, los campesinos de Irlanda no cultivan su chacra por placer, pero les causa placer cultivar su chacra.”

–diálogo el padre a Julia–

El adolescente ha sobrevivido más por fatalismo, que por instinto de vida.

Dolidos ante el ramaje fosforescente y leve; encandila ese país
atravesado por la lámpara de las patrullas

lámpara hundida seca, en el ángulo cuyo esfuerzo es huir.

¿Qué lugar nos ofreció el paisaje?

¿Qué ritual las ceremonias de esponsales y de duelos?

un mismo anillo: metal o tierra en severo orden y el inmoldado
deseo de los labios en la fosa.

No digo más.

No escribiré los detalles.

Aquí nadie contempla los cursis bucles de la porcelana. La moldura, el arco
del estilo, desprenden costras del tajo y su miseria abierta. Del yeso importa
su palidez.

No digo más.

Estoy inmóvil completa en llanto y pensamientos dolorosos.
Algo de todo esto sospechaba al mirar la sombra de mi padre,
que sentado junto a las piedras de la estufa, contemplaba la
pieza inmóvil rincón por rincón la arista de los muebles
estancada el cristal y su fondo de jardín a la intemperie. La
sombra del padre contemplaba la pieza estática dura filosa
hasta en su lámpara; el padre sospechaba lo que sería de la hija
y miraba aún con más terror.

No escribiré yo lo que el corazón contempla ilimitado

Sobrevivientes

el que adolesce contra el telón temible de la pubertad, deja su ojo fijo sobre el árbol

apasionada desnudez del eucaliptus lavada su madera clara y fina:

 Escribías

(y mi memoria es convexa bajo la campana de tus cartas parado bajo un cielo de colillas exhaustas escribías. . .)

“ . . . tu bosque, tus ruinas y las serpientes y mis muertes por mordedura y vos queriendo salvarme inútilmente, Julia, y yo muriendo otra vez –como en Barbados– picado en la espalda por hormigas venenosas, la piel levantada por el ácido, flotando en el mar color turquesa ...

Todavía estoy flotando, cscribime.”

–H.C.–

Sospechar

 bajo los árboles

y no morir más que cuando el párpado esté inclinado, perfecto por el dolor.

Rozar

 la delicada nervadura

y no llorar más que cuando la muerte despliegue su labio en nuestras ropas.

 No pedir no lastimar más el borde de las copas. La línea tupida de un bosque repite 300 veces su eucaliptus

y el que adolesce

impregnado por el acento de ese aroma convaleciente seducido a su impulso de brillar bajo un cielo que atormenta

lanza su ramaje exaltado abierto por el agua del invierno podría permanecer en un corredor sin puertas pensando en las columnas de los atrios

 después dejar que la muerte llegue y lo clave

 (las “Adoratrices” no harían mejor su trabajo de bordado que

esta muerte hiriendo al niño asustándolo aguja que da la
hora en un cuerpo sin corpiños para siempre la enagua sobre
el hueso vendado el cabello de las lámparas y el
niño muerto)

No digo más.

En el Alcázar rojo corazón de mí que mueve sus torres en el llanto.

No escribo mi poema por mortificar, pero me mortifica el escribirlo.

El que adolesce, temblando por la palabra que sospecha, susurra con el
árbol bajo un fino viento que destruye ♦

¿Dónde ha quedado el cristal de la botella enterrada con el bosque, aquel polvo cayendo sobre los jarros de metal, la pierna herida del hermano cubierta por las hojas? diría: —no moriremos nunca sobre esto que enterramos.

¿Dónde escribí este poema y lo olvidé y una tarde estaba entre las ropas cuando me iba de la patria?

¿Dónde he frotado mis muslos contra el agua; diría: —el mar caerá al fondo el mar, todo su grande cuerpo caerá antes que mi pierna en una sábana— y estaban los huecos de las casas como dados tremendos que nadie agita?

La infancia

la casa esférica con sus ventanas alumbrando todo el monte
pide un instante de terror que violente la carne; un sacudimiento tal, que la lance a crecer

diría: —enterré la cabeza del hermano, bajo el musgo sus párpados pesados de sudor

y sin crecer

lanzando hojas muertas contra el agua

superficie

honda perfecta que desprende un ventanal sin luz

el poema el terror

lo escrito en la ropa de los otros ◆

Dadme el agua calmante,
dadme peces que lleven su aleta a mi corazón
y dejadme en mi hambre femenina, peinando la trenza de los ajos.

*“Uno no se salva de nada
sólo se tiene que elegir de qué se sufre”*

dadme un hilo de nylon donde pueda abandonar mi cuello blanco
dadme la cinta negra del ferrocarril, su último vagón de carga para que
pueda volver al mar de la Patagonia,
para que no me maten esta noche
para que no me disuelva como un terrón de azúcar en los fondos del té.

Dejadme entre los lobos a limpiar el aire de sus cuerpos

No disparen

No me mutilen más.

Hasta los locos tienen una pasión para extraviarse, ¿por qué desear que yo
sea una flor de papel masticado?

Me dibujan la boca con plumas me quitan enaguas yo no soy esta
mujer que ríe con cierta estupidez no estoy en el pedazo soez de la noche
no he muerto mañana con lunares en el hombro
aburrida.

Yo he sido la hija inútil

torpe y muda no arranqué a mi hermano de la mesa de disección

lo dejé morir

la cruel belleza me aburrió

Dadme musgo donde mis uñas puedan entrar sin partirse

Dadme otros rostros, sin que cuelgue siempre repetida esa argolla de
carrusel del perfil de los adolescentes

Dadme deseo a mí que lo he perdido todo, dadme deseo, hambre
femenina, loberías reales.

Me he perdido en este bosque de cuerpos en esta noche de cacería
no me maten
no me hieran bajo las sábanas ◆

El cigarrillo se consume cercano a mis uñas. Es poco abrigo, poca ilusión. Se hace oscuro entre estas puertas en, vaivén.

Tengo la mano cortada por un vaso, que rompí hace 3 años en un Restaurante nocturno. Puedo mostrar esa mano tocada por el cristal un brillo íntimo, cruzando la palma. Pero a quién podría interesar una mano obsesiva en su cicatriz?

Miro a través de las uñas: ahí están nuevamente las mesas aterciopeladas del Restaurante los bancos de ceniza roja la noche ambigua.

Mi alma es esta tienda invadida por el mar los recuerdos confusos la luna hipnótica, orinando el médano.

Fuera de mí lejano como el cine prohibido vaso quebrado en la furia de los Restaurantes amor ceniza floja en mitad de la calle tengo sueño

en Ostende tirábamos dados toda la noche arena y papeles borgoña y viento

tengo sueño

los dados caían siempre absurdos borgoña y perros amarillos contra el mar

tengo el sueño de los heridos

el sueño de los sonámbulos

la tienda se agitaba (era una niña casada en un rincón en Ostende entre dados caídos en desgracia)

Tengo el sueño perdido

la casa blanca sus pinos azules una tienda en Ostende mi amor perdidos

todo perdido. Es injusto.

Tengo una cicatriz en la mano que no interesa a nadie ♦

*“ . . . sufro y estoy inquieto
como después de una nocturna y terrible cena”.*

–C. Baudelaire–

La pierna ha dejado su muslo entre las hojas y nosotros
no hemos almorzado sobre las sepulturas.

Encontrados los rostros entre la gasa lívida de las desposadas
sólo está el ramaje vertiendo sus aguas de pobreza exquisita.

Nuestra muerte se apresura a la tierra
alorcemos nuestro romance es ascético
de labios sin dulzura

flor extraña de planta que ha menstruado ♦

*“He desbaratado lo que no me dieron, que era
todo lo que tenía”.*

–Alejandra Pizamik–

Me curo de ti en estas aguas.

Retiro tu mano como un corpiño demasiado pesado.

Los versos pueden enamorar en esta multitud
sola, en un cuarto, es talco que cae a una mesa de vidrio.

No podré perdonarme
ser torpe y muda bajo las sábanas
y emocionar a tantos bajo esta luz terrible ♦

O frezco una espalda sin corazón delante.

Si el asesino viene, mi corazón, no dará sombra.

Si duermo, seré un tamaño blanco entre sábanas blancas.

Ningún arquero arrojó su dardo amoroso a mi cama estaré sola
con la espalda en la luz

el cabello caído en la madera.

Le pediré al asesino que me abrace ♦

“Pero tú, tú mismo, debes aprender lo que nosotros por fuerza sabemos:

que algunas cosas por naturaleza no pueden realizarse sólo cabe anhelarlas, tratar de hacerlas, y luego darse por vencido”.

–Tennessee Williams–

Para acercarte al bosque de los eucaliptus
al bosque inmenso de árboles blancos
no vengas con esas botas de luchador.

Hunde desnudas tus piernas en el agua;
cuando tus pies adviertan el pantano el agua habrá tocado tu corazón
arenas venenosas que el cielo mueve bandadas nubes que los insectos
rojos picotean

la espalda de una mujer contra el bosque siempre blanco y tan distante

“imágenes en las que el cine se detiene y es sólo una fotografía
aparece la muerte. Algo se paraliza”

Estás quieto mirándote las botas junto a esa mesa repleta de papeles. El
orín de los gatos que odias está en los vasos de cerveza.
y el deseo sube como agua de pantano sobre tu pecho.

Porque sólo nos cabe anhelar y hemos bebido demasiado estás solo en tu
cuarto abrazándote las piernas, entre las sombras que disparan tus 4 baúles
y estoy sola en la ciudad abierta
sola como la lengua en la boca de Dios.

Si alguien alzara la capucha de piel sobre mis cabellos helados yo
sería feliz.

Apaciguada daría de comer a los ciegos caballos del ajedrez
olvidaría que alguna vez cubrí la boca de mi padre con un trozo de vidrio
para que sus palabras no pudieran lastimarme yo estaría contenta porque
sólo nos cabe anhelar y temo que los amigos se hayan convertido en idiotas
que parten maní sobre las mesas.

“La muerte no puede ser representada. Es ausencia. Es lo que

está afuera pero impregna el film”

Hemos escapado de las piedras del cielo
de las grandes tortugas que revientan sus cabezas en las rocas los peces y
las balas.

Mi primo que vuelve de las aguas
ahora convalece bajo los ojos de un tío que destesto.
Malvinas es la hermana siamesa pegada a una pierna que le
falta

las ganas de llorar mi madre corta cebollas con el rostro en los vidrios
nos mira pasar entre esos bloques de hulla
sosteniendo una fija y fantástica linterna en la frente.

Pero yo te juro que el bosque blanco era cubierto con 30 cadáveres por
noche
que la muerte aquí es una antigüedad.

Las aguas han subido. Las palabras fermentadas nos tapan la boca como
puñado de algodón:

El reloj puede detener su aguja sobre nuestras gargantas porque sólo nos
cabe anhelar.

porque nuestra edad necesita su gota de morfina
porque nuestras bocas sólo buscan los labios del cinematógrafo
y nuestros dedos arrastran cáscaras de maní y el desprecio de los idiotas
sobre los objetos mudos.

Vivimos para recordar esas pequeñas historias
la bella adolescente que quiso salvar a Alfredo de Mussett del
“enmudecimiento poético”

y necesito conservar esas manchas de sangre entre las uñas repetir el paso
obsesivo de las Galápagos picadas por la locura rompiendo sus bocas
en la piedra

el aire apesta

nuestros párpados son los transparentes párpados de los peces bajo la luz
fría de los mercados

y mis piernas están solas en el agua

en el pasto muerto que flota

un gran pájaro de mosquitos cae sobre mis hombros como una capa
y soy la hermosa
la que huye por las escaleras

En el final
el bosque y la espalda de una mujer, se asimilan
siempre blancos e inasibles.

Tus botas en el ángulo oscuro
como el arpa
y las uñas que no te conozco
cuando la pierna acaba
y sólo hay agua o tierra para elegir.

Lo demás
anhelar ser muertos
tabaco amargo como de hormigas que se fuman
y más días que ya no son esperados ♦

Tu espalda de vidrio se apoyará en las paredes veloces nosotros el
previsible mar el olvido.

Alguna vez, bajo árboles amarillos, trituramos el desorden de las hojas
las lentas hormigas y tu baja respiración contra la tierra.

No me niegues tu voz hecha de animales muertos.

No me vuelques tu cara de cerámica blanca.

háblame de ti dime que estás de vuelta en lo alto de la escalera con tu
mano afiebrada la frase rota en los parlantes del aeropuerto tu hijo
escarbado como una muela enferma las piedras de la memoria la cal
manchándonos los labios el deslizamiento del corazón hacia las piernas
todo está por ser removido.

Tu espalda de vidrio se apoyará en las paredes veloces la lámpara
sórdida ilumina los cuerpos reunidos en la sábana no dejes tu reloj en mi
mano el capote con suaves manchas de tiza

los almacenes como una flor húmeda entre las páginas del testamento de
Rilke *no puedo desprenderme de mí*

no te quiero más (no podré olvidarte)

soy de musgo caliente

de tréboles helados

pido la muerte a gritos encerrada en el cuarto de baño

hablo con el roce que hacen los papeles en mitad de la noche puedo llevar
esa máscara sin sangre (los desaparecidos rostros de la patria)

tener la sonrisa que huye hacia el lóbulo izquierdo de tu hermana melliza.

Tu voz –ese gato que araña los bordes de las sábanas–

no me salvará

no habrá puente sobre las aguas turbulentas

pero aún así estoy a salvo cuando tú te aproximas.

La luna roja que marca las zonas de letargo la calma tentacular de los
bosques a la siesta de un frasco de veneno en el estante

vienen a mí

son algo de mí que ya no implora nada
escribo como se puede hablar en medio de la fiebre
almuerzo mis pedazos
y me recordarán así
una fosforescencia en blanco y negro
unos trozos lunáticos sobre la mesa sonámbula.

Los amantes seguirán hablando de los bombardeos al Líbano y del dolor, de
su ángel, tendré la blusa opaca.

No hay puentes
no hay puentes que crucen estas aguas terribles
los dientes ácidos que mastican el hambre
el relámpago que pone un alambre de púas en los arbustos
la patria está quebrada como el vaso que estalló en nuestra noche
la araña duerme en el mismo rincón
y yo resbalo sobre sábanas húmedas.

Has llegado para pasar una temporada besando mis párpados.
Has venido con tus sombras chinas para arrojarlas en la bañera blanca
hay un foco desnudo sobre el espejo
y tú has venido cruzando el mar la sintaxis la boca de tu madre
has llegado para respirar en mi corazón para tocarlo con tu lengua
y la memoria es un goteo de cenizas y barro

Se que habitas una casa de vidrio en medio de la nieve que has dormido
con otra mujer otro idioma otros abismos a la hora de evocar
y yo he dormido con otros hombres aullando en la suntuosidad del terror
los muebles cortados a balazos arriman su sombra
y tú estás conmigo
Voy a degollarte con palabras rabiosas
recuérdame
estoy en la patria en el espejo detrás de los cadáveres
estoy entre paredes de moluscos, insatisfecha y sin deseo

y todavía puedo contarte algo de mi vida

“dormí 5 días en una iglesia en posición de rezo y una mañana en un auto abandonado”

no me salvaste

miraba el fino cuerpo de Cristo sus llagas como joyas de sangre

los mutilados cuerpos en las zanjas

los autos de hierro

los rostros negros de bigotes simétricos

el sufriente rostro de mi hermana pariendo entre tarros de nafta

recuérdame

estoy en la patria

recuérdame

este paisaje es el que mueve en mi corazón su lúgubre zarpazo de madera.

Soy la perla que cae en la letrina

el musgo de esas aguas

una foto trágica

Soy Eva abrazándose a Perón

soy la que respiró gas

soy Eva con el cabello suelto, prometiendo avanzar a la cabeza con los dirigentes o con la cabeza de los dirigentes

soy la Eva Durmiente la que espera nuestra respiración

nuestra bandera negra nuestro espectro de niña violada bajo un piano

emborrachada con cerveza negra en las arcadas del Cabildo la que llevó pétalos de magnolia a nuestra pequeña tumba

vienen a mí los cachorros drogados con el hambre.

Soy Aletha

busca mi trenza bajo las losas de la cocina, donde las cebollas verdes tiemblan todavía recordando las piernas de mi madre es el cabello crecido al contacto de dedos narcóticos

es el ácido de las cebollas cortadas en las tormentas del hogar es la patria durmiendo a la boca de los subtes (una venda consume sus tobillos de vidrio)

ámame

destroza tu boca en el papel.

El lento deslizarse de los sapos en el pantano y tu boca huyente en las escaleras del aeropuerto

me embellecen

me embellece la curva de tu espalda en el parque de mármol donde estás inmóvil y sediento marcado con lápiz labial todas las veces que quise matarte

Te mataré con mi perfume

pondré mis ojos dentro de tu garganta

te haré viajar en el último vagón mirando huir los túneles

combinar sus sombras y luces extrañas como lacre negro sometido a combustión

Serás los neumáticos quemados al fondo de la calle

Serás el pequeño coya que me sirve café hace 6 años

pero no me salvarás.

Soy la espuma que cubre el labio de las epilépticas el susurro de los desordenados el porvenir con su gota de ébano. Mírame debajo de las capuchas de las sábanas tiradas contra el rostro adolescente, debajo de las planillas donde estoy fotografiada de frente y de perfil

Tócame las uñas crecidas en la humedad de los sótanos.

Sé para mí el perro que se obstina en un olor un recuerdo confuso de negras ropas de mujer ♦

Todo esto no es más que una aproximación a la belleza o a la
tempestad

un, chal cubre nuestros pies el inacabable hojaldre de las uñas la
esterilla donde se recuesta la muerte nuestro dormitorio girando loco en
el mar pedazos de tormenta
resplandecen las almenas de agua.

Un desfigurado conjunto de árboles espinazos de pez agitan sus
dibujos tristes.

Es un paisaje carente de propósito el tobillo hinchado de un hombre
que asciende entre terrones los insectos pegajosos en la luz y sus sombras
gigantes en la pared. Todo lo que estalla cuando vuelco la cara en el
espejo señas de un juego perverso.

También aquí soy un cuerpo sin propósito, fijo contra el desorden de los
muebles.

-¿Y yo podré comer las ciruelas silvestres?

A nadie conmueve mi pregunta
porque la pronuncio yo que tengo las rodillas rotas
que tengo la pollera baleada por el pasto y no aprendí a silbar. Preocupada
por sorprender al caimán que fuga en el pantano, estoy quieta en el árbol.
Todo el bosque es la terraza donde yo no silbo.

-¿y las ciruelas serán agrias
caerán como medallas en la boca
quedará el carozo dentro de mi corazón y la blusa eternamente morada por
los golpes?

Nadie escucha mis preguntas porque las pronuncio yo que tengo la carne más breve que el corpiño
yo que menstrúo hace 3 días y ahora siempre se deslizará por ese canal secreto un anillo fluctuante.

Las ciruelas tienen el pellejo desprendido. Hoy les conozco un color más profundo. Las he tocado con la punta de los dedos. Las he desprendido de sus gajos y las he dejado rodar.

Pero aún soy pequeña para llevarlas a la boca gotas de mercurio aún soy pequeña para sostener una copa con ciruelas hundidas en el vino.
Con la cabeza rapada tengo cara de pez (soy el árbol preso del espejo su leve espinazo en agitación inútil)

—y las ciruelas silvestres se habrán perdido?
ese ángulo del bosque habrá muerto bajo la lluvia?
las ciruelas serán un cuerpo rojizo en el pantano que se desborda y el deseo
mi cauteloso deseo hincado por astillas de pez repitiendo las palabras narcóticas que salen de los frascos los labios puestos sobre madera muerta la espalda cubierta por nenúfares o balas
detalles
ese deseo será más poderoso que la avispa mortal?
su llanto más pesado que las piedras de la virtud?

Nadie atiende a mis preguntas mis palabras líquidas y el mar empuja las paredes del cuarto. Noche de lámparas el espejo con su vidrio

quemado las muletas de la desgracia hojas malditas de una puerta que gira
no estoy aquí
voy a “*escapar por la ventana del baño*” silbando bajito para encontrar las
ciruelas amargas que crecen a la sombra del novio ♦

fragmentos

de la última carta

Amiga mía

dulce, terrible Julia:

. . . ¿aún esperas los pesados pasos sobre las agujas de pino?

Para hablar nuevamente elegiría yo el lugar. Sin duda no un bar lleno de furiosos rostros, lleno de calma ardiente, junto al río de carnes vagabundas; no.

Elegiría este sitio –ven Julia, siéntate a mi lado en la gramilla, bajo los aromos, en la tierra de mi pubertad, en el sereno cuartito de hierba de la ruptura adolescente.

. . . déjame ahora apoyar mi cabeza, mi caballuna cabeza cansada de muertos caballos sobre ti; ahora que no hemos cruzado una sola palabra (parecía que te había dicho tanto, que me habías respondido tantas cosas) sabemos . . .

el silencio

lo más hermoso que puede ocurrirnos juntos

el silencio

Das Gespräch, finalmente . . .

. . . borrascas

. . . quizás aquí nos “combata el cierzo”

Jorge Barbikane / 1980

final

Hablábamos de poetas franceses
y aquí un muchacho era arrojado al río atado con el mantel de la casa.

En el desorden he perdido mis pies, el verano que siempre es
inconcluso, la hamaca del deseo que sigue
irrepetible sin llegar

Rojo por la luz que cae de los ciruelos, recuerdo el perfil de mi padre
sollozando entre cal y hiedras.

y las moscas vuelan suavemente sobre la nuca de mi abuela. Porque las
ropas de la abuela cuelgan negras contra el alambre del gallinero, es que
estoy aquí, bajo las sábanas.

Sobre la mesa brilla la foto de peces que mueren en el barro
(palabras que son una película vieja. Las balas y el desencanto
hieren juntos)

Flores secas en un vaso blanco
detrás: un dibujo de mujer y ventana. ¿Qué hice de mí en estos años?
 estar aquí
con las flores manchándome la boca.

Lentos caballos caminan por la única calle que une la garganta al
vientre. Piazzolla está ahorcado en un farol que no puedo evocar. Lluvia.
Empedrado friolento que los caballos de la policía quiebran.

Vuelvo sobre las aguas de un cielo que no fluye, un cielo donde las
estrellas no se agitan, no evocan el desmayo de las modistas sus puntadas
de deseo
y a nadie quieren conmovier estas estrellas.

Conozco un cielo sin compasión que alisa y cicatriza el tajo de los labios
un pozo donde van a girar los astronautas.

Hay luces en esta puerta agria que se aprieta a sus llaves hay banderas
farolitos
asesinos en camión besando a sus madres
prófugos contra las paredes y el orín chorreando en sus cabellos.

No distingo saliva de palabras
Perón Perón y ese hombre que se arrodilla para llorar y es inmenso y
capaz de matar al que lo toque
y desgraciado como ningún otro.

El olor de los árboles castiga con su semejanza.
Un ciclista se hunde entre hojas y polvo.

El aire persiste sobre las cosas. Los pocillos lánguidos sobre las mesas
rojas
y la mujer al fondo –yo misma devuelta al mundo– sonrío susceptible,
torpe.

Gotea siempre un hilito de agua entre las uñas de toda mujer (el agua
donde estuvo enjuagando pañuelos). Esa es su fina tristeza
su alejado movimiento al acaso
su golpe de dados en las mesas terribles ♦



DATOS DE LA AUTORA

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscripta en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.

VALIDADO

